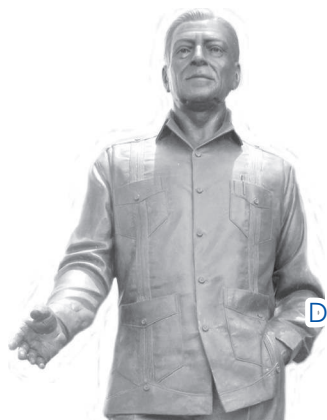




Entereza femenina

Don Manuel Sánchez Silva

(31 de marzo de 1957)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2632

DOMINGO 7 DE MARZO DE 2021



ESCRIBEN: Ada Aurora Sánchez, José Luis Larios, Abraham Elías, Ramón Moreno,
José María Lomelí y Carlos Caco Ceballos.

Arturo Ochoa Carrillo, un mago con batuta

Ada Aurora Sánchez

In memoriam

La infancia es un sombrero de mago de cuyo fondo puedes obtener los más variados objetos de la dulce o terrible memoria. Si meto la mano en mi propio sombrero, encuentro sobrecitos de chocomilk en polvo, sugus de sabor naranja, cómics de *La pequeña Lulú*, mis libros de primaria, Salbutamol para el asma de entraña nocturna y persistente, y mi violín de cuatro cuartos. Podría seguir explorando este sombrero sin fondo, pero me detengo en uno de mis más preciados hallazgos: en el violín de madera oscura y brillo mate que mis padres adquirieron con auxilio del profesor Manuel Uribe, mi primer maestro de música en los talleres infantiles del incipiente Instituto Universitario de Bellas Artes (IUBA), allá por 1982.

Es la música la que empujará los últimos años de mi infancia y toda la juventud. La música que llega en oleadas, en notas sueltas, torpes, de principiante, pero también en melodías acabadas, sonrientes, brotando en los salones de puertas de cristal transparente del IUBA. En medio de esos recuerdos es infaltable la figura del maestro Arturo Javier Ochoa Carrillo (27 de octubre de 1958-23 de febrero de 2021), mi maestro de Solfeo, de Historia de la música y Conjuntos instrumentales, que tocaba el piano, refería anécdotas de Bach, Mozart y Schubert, y, entre broma y broma, alentaba los ensayos de un pequeño conjunto instrumental que él y el maestro Nicolás Corrales Marañón, violista chileno que nos daba clases los fines de semana, habían conformado: los Niños Violinistas del IUBA.

El profesor Arturo dirigía el conjunto al que pertenecíamos José Corrales, Mónica Santacruz González, Arcelia Zendejas Hernández, Abraham y Elpidio Peña Beltrán, Jaime Macías Bañuelos, Ricardo Sergio Brambila Chávez y yo, y al cual asistíamos a los ensayos de tres veces por semana, más las clases sabatinas. El maestro Luciano Maya Leyva, al piano, y el profesor Antonio Jerezano Araiza, al cello, daban soporte al grupo en los ensayos y los conciertos. Un ambiente motivador, muy lúdico, hizo que aquel pequeño conjunto instrumental fuese tomando nivel y cuerpo, pese al poco tiempo que tenía de haberse creado. Así fue como entre 1983 y 1984 los Niños Violinistas dieron diversos conciertos, en el estado de Colima, y fuera de este. Entre otras actuaciones especialmente memorables, se encuentra la de un concierto en el Hotel Camino Real de Puerto Vallarta, y la de otro que se ofreció en el Distrito Federal, en el marco de

la Semana Cultural de Colima, organizada por la gobernadora Griselda Álvarez Ponce de León. El concierto en La menor, de Vivaldi, con José Corrales como solista, fue una pequeña audacia que ahora, en la distancia, me reconforta, pero a la vez se empaña al recordar que José murió atropellado cuando tenía apenas quince años.

Con aquel modesto conjunto, sujeto a los humores y travesuras de la infancia (en cierta ocasión alguien llevó a un ensayo una pequeña víbora en una caja), el profesor Arturo ensayaba su sueño de convertirse en un director de orquesta. Por aquel entonces, él tocaba el clarinete en la Banda de Gobierno del Estado de Colima, de la cual, después, sería su director; y el piano, en el restaurante La Taba, de la calle Madero. Había estudiado Administración de empresas en la Universidad de Colima. Vivía de forma absoluta por y para la música: la popular y la clásica. En medio de conversaciones recordaba letras de canciones para ilustrar, “como dice la canción”, un determinado asunto. Aquella música interior, efervescente, hacía que ensayara, a veces, movimientos en el aire con una orquesta imaginaria o tratara de “tocar” un pasaje difícil para la digitación de una mano, en un piano, tam-

bién imaginario, que de pronto surgía mientras caminaba rumbo a su coche. En 1985, becado por el Gobierno del Estado de Colima y por la Universidad de Colima, consiguió ingresar al Conservatorio Tchaikovsky de Moscú, donde se graduó de la carrera en Dirección Coral y la maestría en Dirección

de Orquesta Sinfónica y Ópera. Algunos de sus maestros moscovitas fueron Galinda Malkina y Dmitri Kitayenko. En Moscú, siendo estudiante, fundó la Orquesta de Cámara Barroco, con la que dio diversos conciertos en Europa.

Antes de su partida a la URSS, el profesor Arturo había estudiado canto, piano y dirección coral en Colima, y cursos de perfeccionamiento con maestros como Sergio Cárdenas y Clemente Sanabria, en ciudades como Aguascalientes, Oaxaca y Guanajuato. Para los estándares rusos, ya era bastante “grande” de edad cuando postuló para el Conservatorio de Moscú. ¿Se podía comenzar una carrera profesional, en aquellas ligas, cuando se pasaba de los veinticinco años? Intrépido, tenaz, el maestro Arturo consiguió llegar a donde se había propuesto, y, a partir de allí, se convirtió, con doble mérito, en la figura tutelar de muchos de sus antiguos estudiantes en el IUBA. “Tienes que salir”, nos advertía. “Hay que mirar desde afuera, para saber lo que hay adentro”.

En su carta del 4 de octubre de 1985, la primera que me envió, tras remitirle yo una, a nombre



Arturo Javier Ochoa Carrillo.



Niños Violinistas del IUBA

de mis compañeros de violín, me comentó que se encontraba muy triste porque, pasado el terremoto del 19 de septiembre de ese mismo año, no había podido comunicarse directamente con su familia, y eso lo tenía preocupado, aunque confiaba en que estarían bien. Se sentía un poco solo, preocupado, porque debía aprender el ruso muy rápido; no obstante, estaba maravillado por todo lo que iba descubriendo: “Moscú es grande (8 millones de habitantes), tiene muchos museos, bibliotecas (solo en la ciudad, 4000 [sic], aparte, claro, de las habituales en los institutos, sindicatos, universidades, etc.; grandes jardines, parques...”. Me compartió que vivía “muy a gusto, los accidentes viales son mínimos, no hay asaltos bancarios; no hay mendigos, no hay pobreza, los precios de los artículos, lejos de subir, bajan; no hay IVA, ni PRI, ni desempleo...”.

En la residencia estudiantil en que se encontraba tenía todos los servicios; él, además, podía asistir a numerosos conciertos y eventos artísticos, así como adquirir ediciones muy baratas de música impresa. En los mercados, me confió con admiración, podía hallar limones y chile, y en algunos restaurantes internacionales, Coca, Pepsi y Fanta; estaba de moda la película norteamericana *Katy la oruga*, y de no ser por la ausencia de amigos y familia, todo marchaba bien. Su estancia en la enorme URSS apenas comenzaba y todavía le faltarían casi diez años para volver a Colima.

En 1992, el maestro Arturo participó en un curso de dirección orquestal con Helmuth Rilling, y en el primer Concurso de Directores de Orquesta “Serguei Prokófiev”, en San Petersburgo, experiencias que le resultaron muy significativas.

En México fue director huésped de la Filarmónica de Querétaro, de la Sinfónica de la Universidad Autónoma de Guadalajara y de la Filarmónica de Jalisco, entre otras orquestas. En el extranjero, recuerdo que dirigió la Orquesta Sinfónica de Guayaquil, Ecuador.

Tras su regreso a nuestra ciudad, alrededor de 1994-1995, se reincorporó al IUBA como profesor e impulsó en el estado, a lo largo de los años, un sinnúmero de agrupaciones musicales: la propia Banda de Música de Gobierno del Estado, la Orquesta Sinfónica de Colima (desde el Instituto Colimense de Cultura), Coro de la Secretaría de Cultura, la Orquesta de Cámara José Levy Rheims, la encomiable del H. Ayuntamiento de Colima, Orquesta Filarmónica Infantil de Manzanillo, la Orquesta Infantil Comunitaria de Cuerdas de Colima, el Coro Femenil Ixtlahuacán, Trío Á Tre, Coro femenino del SNTE 39, entre muchos otros proyectos. En Jalisco, dirigió la Orquesta Sinfónica de Zapopan y la Banda Juvenil de Zapotlán.

Vestido de smoking para concierto, con batuta en mano, y con tantos proyectos en juego, es imposible no pensar en el maestro Arturo como un mago, que enseña a otros a guardar en sus pequeños sombreros, de copa, chisteras de aprendices, ramilletes de sonidos,

calderones y claves de sol.

En 2006, el profesor Arturo recibió la Medalla al Mérito en Artes, otorgada por la UNESCO, en virtud de su amplia trayectoria musical en favor la juventud colimense.

En 2017, en el marco del Sábora Fest, recibió un reconocimiento por parte del H. Ayuntamiento de Colima con respecto a su labor musical, en particular por la fundación y dirección de la Banda Sinfónica Infantil y Juvenil de ese municipio, creada en 1998. En agosto de 2019, celebró cincuenta años de dedicarse a la música, pues había ingresado, con tan solo diez, a la Banda de Música de Gobierno del Estado, circunstancia que le permitió jubilarse a temprana edad.

Cuando el maestro Arturo volvió a Colima, su ciudad natal después de sus estudios en Moscú, nos reencontramos en dos proyectos musicales: la Orquesta Sinfónica de Colima y la Orquesta de Cámara José Levy Rheims, él como director, yo como primer violín. Yo había salido, también, del estado de Colima, y me había prendado de otra carrera que, a la postre, también me ha dado enormes satisfacciones. Combiné durante un tiempo las dos pasiones, hasta que una tomó más fuerza que la otra.

El maestro Arturo siempre fue un impulsor nato; hombre generoso, dedicó su vida a alentar el talento y

el sueño de cientos de jóvenes. Coincidió con él en la organización de numerosos conciertos didácticos, en su fe en que el arte es contrapeso natural de la violencia. Buen lector, el profesor Arturo me sorprendía preguntándome por títulos de libros de autores rusos que yo desconocía; conversamos en su momento de música y de libros, y de infaltables anécdotas “iubescas”. Sé que escribía una historia de la música en Colima cuando murió (de hecho, meses antes me había preguntado por apellidos de algunos de mis compañeros del grupo de los

Niños Violinistas del IUBA); en algún tiempo, incluso, fue articulista del suplemento *Ágora*, de *Diario de Colima*, con temas musicales. Se casó dos veces, una en Moscú, y otra, en Colima. Los últimos mensajes que posteo en su Facebook, en febrero, tienen que ver con una felicitación a su hija Leidy Marcely, por sus diecisiete años, y con la actuación de dos jóvenes rusos que interpretan un movimiento del Invierno, de Vivaldi, en el bandurria y el baían, un acordeón ruso de botones. En el video que comparte hay alegría y dos jóvenes talentosos, con dos instrumentos inusuales, a la orilla de una laguna fría y blanquecina. Esto fue lo último.

A poco más de una semana del fallecimiento del maestro Arturo, justo cuando escribo estas líneas, y después de la tristeza agolpada, pienso en lo importante que resultan ciertas personas para llevar a nuestro sombrero de mago de la infancia recuerdos gratos, heroicos, con los que, de tanto en tanto, uno espanta ciertos días grises, inmisericordes, de la vida.

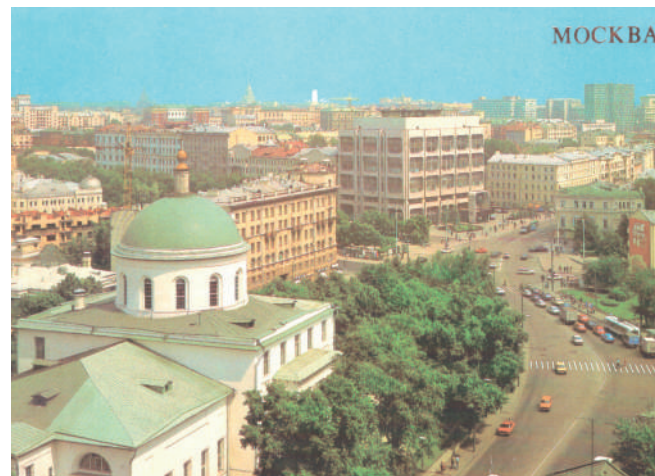
Retiro la mano del sombrero, que es memoria, regocijo y tiempo, y solo tengo ganas de decir: Gracias, maestro Arturo, por su ejemplo de vocación artística, por su amor a Colima, por dejar en mí, y en muchísimos otros, una música que sigue sonando, sonando, sonando...



Integrantes de la Orquesta de Cámara José Levy Rheims



El maestro Arturo Ochoa dirigiendo la Banda Sinfónica Infantil del Ayuntamiento de Colima.



Postal de Moscú 1985



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Entereza femenina

Don Manuel Sánchez Silva

(31 de marzo de 1957)

Al fallecer en 1912 don Manuel Barreto, que durante muchos años fue el hombre de confianza del licenciado Enrique O. de la Madrid, gobernador del estado de la época porfiriana, su viuda, la señora “Nacha” Correa, como familiar y cariñosamente se le llamaba, se vio en la necesidad de enfrentarse a la vida para atender el sostenimiento y educación de sus hijos. El extinto dejó a sus familiares un nombre limpio, evocador de grandes simpatías y méritos personales, pero ningún recurso económico.

Después de pensarlo mucho, doña Nacha cedió al consejo de algunos amigos, vigorosamente respaldados por el entusiasmo de su hija Leonor, que no obstante su juventud e impreparación para los negocios demostró ante el infortunio singular firmeza, y por fin se resolvió a establecer una casa de huéspedes, que acabó por convertirse en el hotel Fénix, ubicado en lo que ahora es la Casa Negrete.

Un año después de la sentida muerte de don Manuel, y cuando apenas la casa de huéspedes empezaba a sostenerse, desapareció su viuda, quedando Leonor al frente de sus hermanos menores y de la administración, único medio de vida de que disponían.

Sin riesgo de incurrir en ninguna exageración, puede asegurarse que Leonor fue una de las muchachas más guapas y atractivas de su tiempo: alta, gallarda y de facciones agraciadas y expresivas, acentuadas por un par de ojos verdes, cuyo mirar intencionado oscilaba entre la ironía espontánea y la presencia de ánimo. Tuvo innumerables admiradores, figurando entre ellos personas realmente significativas en los más elevados órdenes sociales, pero la gentil hospedera, sintiendo a plomo las responsabilidades familiares, sacrificó su juventud al cuidado y bienestar de sus hermanos.

En 1927, el movimiento subversivo conocido como revolución cristera se encontraba en pleno desarrollo, determinando en todo el estado una situación de inseguridad y desasosiego. No había tranquilidad en ninguna parte, los rebeldes infestaban caminos y veredas, y noche a noche se atrevían a aventurarse por los suburbios de la ciudad.

Para contrarrestar semejante estado de cosas, el gobierno suprimió prácticamente las garantías constitucionales, viviéndose bajo una especie de ley marcial no decretada, pero vigente en la realidad. Las denuncias sobre complicidades ciertas o inexactas abundaban, dando lugar a frecuentes aprehensiones, que generalmente eran seguidas de fusilamientos. La población civil se hallaba a dos fuegos: por un lado, la inseguridad creada por los cristeros; por el otro, las medidas extremas ejecutadas por las autoridades, que, tal vez para compensar su ineficacia en la persecución de los trastornadores del orden, exhibían una admirable capacidad para declarar rebelde a primera vista a todo

aquel que no disfrutaba de sus simpatías.

Como jefe de la guarnición de la plaza fungía el general Benito García, hombre cruel, imponente por su figura gigantesca y su expresión feroz. Decíase que había sido villista, en la máxima categoría de los famosos “dorados”, integrada por los guerrilleros más sanguinarios y expertos en toda suerte de atrocidades, por lo que su fama creó en la ciudad una atmósfera de prevención de miedo.

En raras ocasiones se uniformaba, prefiriendo andar de civil, con pantalón pie a tierra, camisa blanca, sombrero tejano de grandes alas y un pavoroso revólver “rodeadito” de parque.

Era el general García -a quien no faltó burlón que bautizara con el apodo de “La Leona Modorra”- asiduo concurrente a una cantina céntrica, donde mostraba sus extraordinarios dotes de tomador sin límite de bebidas embriagantes, que aun cuando no lograban entorpecer sus movimientos ni abatir su resistencia, sí operaban en su temperamento, iniciando sus cóleras y sugiriéndole arbitrariedades a veces irreparables.

Una noche, el general se presentó en el hotel Fénix acompañado de una muchacha alegre; una de esas mujeres que ven de frente a todos los hombres y les hablan de tú.

—Quiero un cuarto -bramó al asustado mozo, que tartamudeando disculpas corrió a informar a Leonor de la indeseable visita.

Al enterarse de lo anterior, huéspedes y empleados experimentaron las congojas del pánico, pero la joven los tranquilizó con unas cuantas palabras enérgicas, subrayadas por el

chispear indignado de sus pupilas glaucas:

—No se asusten. Nada malo ocurrirá... -y fue a enfrentarse al general, quien repitió impaciente su demanda.

—Quiero un cuarto.

Ella le habló en tono decidido:

—Cuando usted venga solo o con su familia el hotel estará a su disposición, pero no ahora. Esta es una casa decente y le suplico retirarse.

Ante la sorpresa de unos y el espanto de otros -quienes de lejos presenciaban la escena-, el general contempló la altiva figura de Leonor, y cuando todos esperaban la explosión de ira y el ejercicio de la vio-

lencia, dio media vuelta, llevándose a remolque a su damisela...

Tiempo después, llegaron a Colima la esposa e hijos del general y nuevamente se presentó en el hotel:

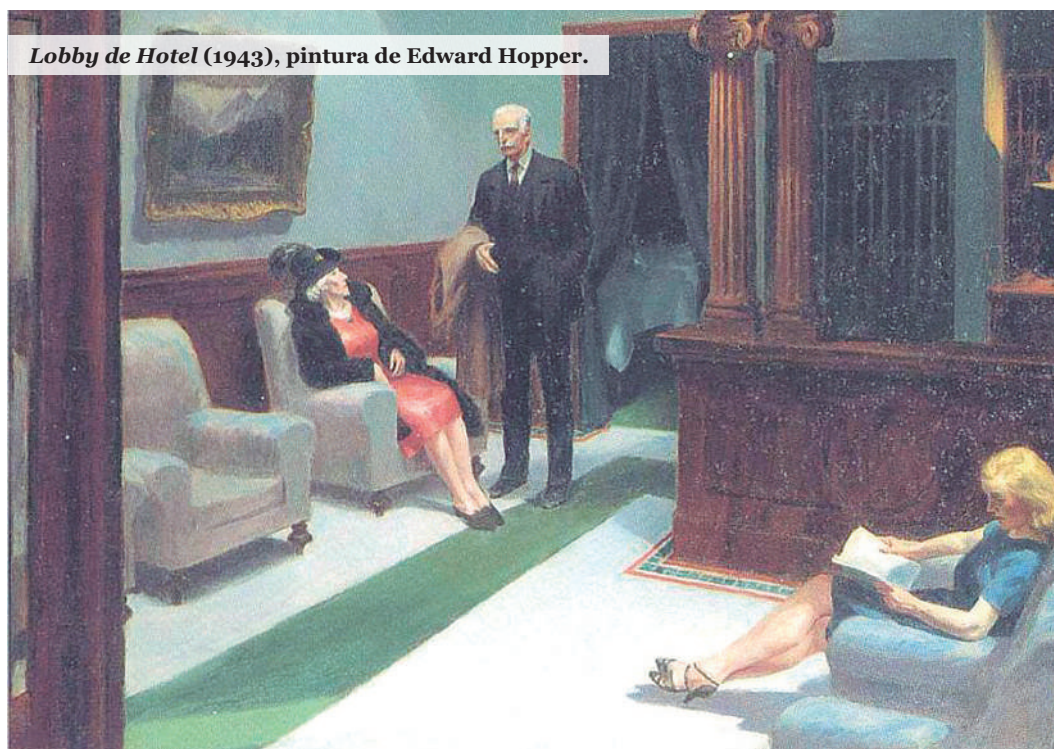
—Quiero una habitación para mi familia...

—Con mucho gusto, general -respondió Leonor-. Pasen ustedes...

Y, desde entonces, vivió en el hotel Fénix. La dignidad y la entereza de la guapa muchacha habían domado a la fiera.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†

Lobby de Hotel (1943), pintura de Edward Hopper.



Un año después de la sentida muerte de don Manuel, y cuando apenas la casa de huéspedes empezaba a sostenerse, desapareció su viuda, quedando Leonor al frente de sus hermanos menores y de la administración, único medio de vida de que disponían.

Nuevos datos del fallecimiento de la profesora Rafaela Suárez Solórzano

José Luis Larios García*

*Con respeto y admiración
A mi maestra, María de los Ángeles Rodríguez Álvarez.
8 de marzo, Día Internacional de la Mujer*

La educación en Colima floreció a mediados del siglo XIX, con el impulso de algunos políticos ilustrados como Liberato Maldonado, Alejo Espinoza, Ignacio de la Madrid, Ramón R. de la Vega, entre otros. Los intentos por establecer la enseñanza de las primeras letras se fraguaron con el establecimiento de las juntas de instrucción pública, un grupo colegiado de autoridades políticas que tenían el propósito de organizar, discernir y proponer mejoras al sistema educativo decimonónico.

A medida que transcurría el tiempo, surgieron las primeras generaciones de preceptores que formaron parte de la época, en donde el sistema lancasteriano fue esencial para instruir a los futuros maestros, entre las más destacada fue la señorita Rafaela Suárez, que con su sabiduría alcanzó los más grandes espacios de instrucción como profesora y encargada de diversos planteles educativos de México.

De acuerdo con Óscar Guedea y Castañeda, la profesora Rafaela Suárez fue bautizada en la ciudad de Colima, el 24 de marzo de 1832, hija legítima de José Cruz Suárez y Juana Solórzano; sus abuelos paternos fueron Simeón Suárez y Bárbara Guízar; abuelos maternos, Vicente Solórzano y Petra Villa; aunque otros biógrafos afirman que nació en 1835 (Guedea, 2005: 63).

María de los Ángeles Rodríguez Álvarez asegura que la profesora estudió las primeras letras con la esposa del maestro Pedro Rodríguez, uno de los primeros profesores en Colima del siglo XIX. En su adolescencia, ingresó, en 1846, al grupo de aspirantes al magisterio que dirigía la maestra María de Jesús Rubio. Dos años después, cuando era jefe político del territorio por Colima, Ramón R. de la Vega, precursor indiscutible de la instrucción pública del estado, invitó al francés Enrique Mathieu de Fossey para instruir a sus hijas y abrir una escuela normal. Rafaela Suárez fue parte del grupo selecto dirigido por Fossey, quien recibió la misma educación “gracias a los libros, esferas y mapas que a muy elevados precios el filantrópico señor de la Vega había traído de los Estados Unidos justamente con todo lo indispensable para hacer de su casa una verdadera universidad” (Rodríguez Álvarez, 2007: 131).

Tras varios intentos de establecer una educación integral en Colima, los planes fracasaban por las condiciones de guerra o enfrentamientos entre liberales y conservadores, los cuales ocasionaron que la instrucción pública no fuera constante en sus establecimientos de enseñanza. En 1864, la señorita Rafaela Suárez continuó instruyéndose con el apoyo del político y empresario Ramón R. de la Vega, trasladándose a Tonila, Jalisco, para tomar clases particulares.

La educadora recibió ofertas de trabajo en distintos planteles, desempeñándose en 1867 como directora en la Escuela Normal de Señoritas de Colima, con sueldo de 960 pesos anuales. Después, emigró a la ciudad de Guadalajara para hacerse cargo del Hospicio de Huérfanos, “fue allí donde conoció al presidente Porfirio Díaz, habiendo quedado sorprendido el distinguido visitante del orden, limpieza, cultura y buen estado en que se encontraba aquella en miniatura que albergaba de 800 a 1000 niños de ambos sexos y todas las edades” (Hernández Espinoza, 1949: 83).

No tardó mucho tiempo para trasladarse y radicar en la Ciudad de México, donde ocupó cargos importantes en instituciones de educación pública. En 1883 fue directora de la Escuela Nacional Secundaria de Niñas; más tarde, se erigió la Escuela Normal para Profesoras de Instrucción Primaria, en la que fue designada como directora, nombramiento expedido por el presidente Porfirio Díaz (Rodríguez Álvarez, 2007: 146).

Tras dedicarse por 52 años a la instrucción pública, la profesora Rafaela Suárez, agotada y enferma, muere en la Ciudad de México el 13 de enero de 1910; algunos biógrafos aseguran que su fallecimiento ocurrió el 13 de junio del mismo año.

De acuerdo con su acta de defunción, localizada en el Registro Civil de la Ciudad de México, se señala lo siguiente:



“En la Ciudad de México, a las 4 cuatro y 40 cuarenta minutos de la tarde del día 13 trece de enero de 1910 mil novecientos diez, ante un Ricardo Guerrero Garnica, juez domiciliar del Registro Civil, compareció el ciudadano Porfirio Frago, de México, de 60 sesenta años, soltero, empleado, vive en la calle de La Mariscal, número 3 tres, y declaró: que hoy a las 2 dos de la mañana, en la casa número 42 cuarenta y dos bajos de la 3ª tercera calle de Díaz Covarrubias “colonia de San Rafael” falleció de gripa enfisema pulmonar, la señorita Rafaela Suárez, según consta del certificado escrito por el médico Jacinto García, se archiva con las anotaciones de ley. El compareciente agregó: que la finada era de Colima de 75 setenta y cinco años, soltera, hija de los finados Cruz Suárez y Juana Solórzano. Se dio boleto para 3ª tercera clase del panteón Dolores. Fueron testigos los ciudadanos Alejandro García Conde e Hilario Camacho de México, empleados; el 1º primer de 36 treinta y seis años, casado, vive en la calle Sur 40 cuarenta, número 81 ochenta y uno y el 2º segundo de 40 cuarenta años, soltero, vive donde el compareciente. Leída esta acta, la ratificación y firmaron R. G. Garnica, P. Frago, Alejandro G. Conde, H. Camacho = Rúbricas = E. L. profesora de instrucción secundaria = vale” (RCCM: Libro de defunciones núm. 1 de 1910, acta 91, f. 41 fte.).

Dos meses después de su defunción, el 9 marzo de 1910, la discípula y alumna profesora Juana Ursúa, se expresa de forma elocuente para despedirse y homenajear con gratitud a tan prestigiada colimense, la cual dedicó desde su perspectiva estas palabras:

“Hoy reposan bajo la fría loza los restos de tan insigne maestra. Su alma pasó a recibir en la Eternidad el premio concedido a los buenos.

En esa tumba brotarán las violetas de la gratitud imperecedera de jóvenes corazones: al borde de esa tumba oraremos por ella las que tuvimos la alta honra de llamarnos sus discípulas, de beber sus enseñanzas, y de alimentarnos con sus sabias doctrinas.

Hoy se conmemora su eterna despedida por el gran gremio de respetables profesores que colaboraron con ella, y por sus distinguidas alumnas mexicanas que, cubiertas de luto, vienen a llorar con sus sublimes y dolientes frases, a la que consagró toda su vida a la santa causa de la escuela” (Ursúa, 1910: 40).

*Investigador del Archivo Histórico del Municipio de Colima

luislarios.ahmc@gmail.com

Arturo Javier Ochoa Carrillo, un hijo ausente más de Colima

Abraham Elías López

El 23 de febrero del presente año, se nos dio la triste noticia que nuestro gran amigo y colega músico Arturo Javier Ochoa Carrillo, se había mudado a otra dimensión, quizá celestial, para dirigir magnas orquestas como lo hizo en su amada Colima.

En el último año previo al inicio de la actual pandemia, nos reunimos en varias ocasiones con Arturo, como afectuosamente le llamábamos sus amigos, para platicar sobre diversos temas, tales como: ¿cuáles fueron las motivaciones que nos llevaron a convertirnos en músicos?, ¿cómo fueron los inicios de nuestra formación musical?, y también las experiencias personales y peripecias que tuvimos que sortear para adaptarnos a una cultura muy distinta a la nuestra, superar el reto de estudiar una carrera profesional en un idioma extranjero, Arturo en el Conservatorio de Moscú, donde se formó como director de orquesta, y yo en el Real Conservatorio de La Haya, Holanda, en donde me formé como maestro concertista en flauta.

En varias ocasiones nuestras pláticas se convirtieron en profundos debates sobre ciertos temas de actualidad, como la llegada tardía a México y a Rusia de la Interpretación Históricamente Informada (*Historically Informed Performance*), esta metodología acuñada por los Países Bajos desde los años sesenta que incluye la implementación de criterios históricos y filosóficos a la interpretación musical.

Quizá uno de los temas más apasionantes que abordamos fue lo relacionado con el presente y futuro de la música y los músicos, y la cultura en general del país y el mundo.

De estas extensas pláticas me queda la impresión que Arturo fue un hombre experto en el campo de la música y versado en diferentes temas sociales, económicos y culturales que vive la humanidad. Su estancia por 10 años en la antigua Unión Soviética, sin duda le dio una visión amplia del mundo, las vivencias experimentadas fuera de su natal terruño fortalecieron su sentido humanista y sobre todo desarrollaron aún más su sensibilidad por el ser humano.

Actualmente existen estudios científicos que identifican los valores que promueve la música, tanto para el que la interpreta como para el que escucha, he aquí algunos de ellos: puede llegar a desarrollar la inteligencia emocional, fomentar la sociabilidad, la tolerancia, la empatía o el trabajo en equipo. También es útil para crear nexos sociales, reforzar el respeto y fortalecer la autoestima; pienso que Arturo desarrolló varias de estas habilidades y valores.

Asimismo, sus aptitudes y destrezas docentes lo distinguieron como un maestro nato, especialmente con niños y adolescentes, a quienes acompañó con paciencia y dedicación en su proceso de aprender, y claro, su auténtica pasión por la música y dominio del difícil arte de la Dirección Orquestal, lo convirtieron en un artista extraordinario.

Y como decimos coloquialmente, el ser músico, Arturo lo traía en la sangre, porque a la edad de 12 años se incorpora como integrante de la Banda del Gobierno del Estado de Colima y a los 25 emigra a

Rusia a estudiar Dirección Orquestal, pero su estancia en aquel país no pudo quitarle el amor a su tierra, a su gente, a sus tradiciones y a su cultura, por eso se quedó aquí hasta el final.

Además, su contribución en la formación de músicos se vio reflejado no sólo en la creación y dirección de orquestas infantiles y juveniles en el estado, sino también organizó y dirigió obras corales y orquestales de la música clásica, estuvo al frente como director huésped en las principales orquestas de nuestro país. Recuerdo presenciar su éxito y ovación al dirigir un concierto para piano de Beethoven, con la Orquesta Filarmónica de Querétaro y cuando dirigió la Orquesta Sinfónica Carlos Chávez con música de Shostakóvich.

Tuve el gusto de invitar a Arturo Ochoa y su trío vocal de música antigua para la programación del I y II Encuentro Nacional de Música Antigua de Colima, organizado por su servidor y apoyado por la Secretaría de Cultura. Algo que llegué a admirar es que él mismo cantaba y daba formalidad tanto para interpretar obras polifónicas del siglo de oro español, como lo hacía para abordar música del repertorio sinfónico.

Recuerdo una anécdota en la que organicé un magno concierto de campanas en Colima, el evento estaba contrarreloj y necesitaba cubrir con campaneros las torres de los templos del centro histórico de Colima, al comentarle esta preocupación a Arturo, de una manera muy tranquila me dijo, no te preocupes, te mandaré a todos mis alumnos de la Banda Sinfónica Infantil del Ayuntamiento, al ser músicos y saber leer una partitura el evento se realizó con bastante éxito, fueron sus alumnos jovencitos y jovencitas que tocaron en los campanarios del templo del Refugio y el de la Salud, el evento fue también apoyado por la Secretaría de Cultura.

Hablar de Arturo Ochoa, es hablar de un hombre integral, lleno de sueños, de proyectos y metas, nuestra últimas charlas fueron pensando en nuevos espacios en dónde realizar conciertos, él me decía que el templo del Hospicio (dos cuadras arriba del Beaterio), es un espacio muy adecuado para hacer música; estábamos por producir un programa sobre la Historia de la Música en Colima, para desarrollarla en línea. Queda pendiente llevarla a cabo.

En este contexto, aprovecho este espacio para dar a conocer mi propuesta de organizar un concierto en memoria de este destacado músico, por lo que respetuosamente convoco a la comunidad artística de Colima para que se una a esta aspiración y le rindamos un homenaje con música, como a él le hubiese gustado.

Se nos ha ido Arturo Javier Ochoa Carrillo, un amigo, un colega; un colimense como ninguno otro, hasta hoy, en la Dirección Orquestal. Gracias a su sabiduría, talento y gran pasión por la música deja un ejemplo de constancia y tenacidad a quienes vienen de la cultura del esfuerzo. Por ello, por siempre lo recordaremos como un hijo ausente de Colima, pero presente en la historia de la música de esta maravillosa ciudad de las palmeras.



El músico Arturo Ochoa Carrillo.

Aprovecho este espacio para dar a conocer mi propuesta de organizar un concierto en memoria de este destacado músico. por lo que respetuosamente convoco a la comunidad artística de Colima para que se una a esta aspiración y le rindamos un homenaje con música. como a él le hubiese gustado.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XXXVI

Las indias de Maluenda

Ramón Moreno Rodríguez



A sí transcurrieron los días y los peninsulares y sus aliados fueron de peñón en peñón destruyendo, matando y robando. Después de bajar al llano a los pocos que quedaban en Yautepec y Tlayacapan, fueron hasta Oaxtepec, Totolapan y Tepoztlán, y después de robarles sus cosas y sus mujeres los obligaron a asentarse en tierras llanas. Finalmente, los hicieron demoler las ciudadelas, para que no tuvieran pretextos de subir a aquellas alturas inexpugnables. Una vez destruidas las pirámides y los templos, los advenedizos instalaron sobre los escombros humeantes, en la parte más prominente de aquellas ruinas, altas cruces de madera, señal inequívoca de los nuevos tiempos, de los nuevos amos, de las nuevas leyes.

El último de marzo se celebraría la Pascua. El extremeño decidió regresar a la brevedad a Texcoco, para pasar esos días en compañía de los demás españoles. Cuando, instalado en los jardines que Moctezuma tenía en Oaxtepec, dio la orden de prepararse pues al día siguiente marcharían a Texcoco, Luis Marín y el señor de Chalco no pudieron creer que fuera posible tal decisión. No es lo mejor irnos tan presto de estas tierras sin haber desbaratado la otra fuerza de los mexicanos, pensarán que los tememos, agregó el andaluz. Por su parte, el tlatoani chalca, que estaba presente y escuchara la réplica de Marín, agregó a través del nahuatato: antes de que los teúles estén en Texcoco, los mexicanos de Yecapixtla habrán llegado a Chalco, la habrán quemado y destruido, y los que sobrevivan serán conducidos a México, a luchar contra vosotros.

Sandoval repuso suspirando: es grande injuria contra mi honra pelear con pobres macehuals para luego robarles sus mantas. Yo lo que quiero es regresar a Tenustitán y batallar contra Guatemala y sus valientes guerreros. ¿Cuándo habéis sabido —dijo, dirigiéndose a Marín— que Esplandián o Amadís lucharán contra mujeres muertas de sed y de miedo?

Sin embargo, algunos días después, el uno-viento de tlacaxipehualiztli o dos de abril, y sin ir a las festividades de Semana Santa, marcharon a Yecapixtla. Como sucediera en las otras poblaciones, los enemigos resistieron mientras el enfrentamiento se dio entre los peñascos, pero a final de cuentas fueron derrotados cuando la caballería pudo cargar contra ellos. También, como en los otros lugares, una vez vencida la resistencia, los españoles se dedicaron a robar lo que podían y los indios aliados a realizar comilitonas con los derrotados. Y aunque el capitán había prohibido los sacrificios humanos, disimulaba y fingía no darse cuenta de lo que pasaba en lo alto de las pirámides, si al final de sus ceremonias los tlaxcaltecas, nuevos cristianos, contribuían a destruir los templos y sembraban las cruces de madera en medio de aquellas cenizas.

Pedro de Maluenda corrió con muy buena suerte, pues gracias a la ayuda de Hatebey y otros esclavos pudo robar cuatro indias jóvenes y hermosas. A los pocos días de regresar a Texcoco volvió a instaurarse esa fiebre de ventas, compras y ganancias. Se ordenó herrar a los nuevos prisioneros y luego venderlos en almoneda. Las indias de Maluenda alcanzaron muy alto precio, él lo vio: el comisario de la cruzada, Jerónimo López, pagó por las cuatro, ochenta pesos. Después de tres días de venta de esclavos, Maluenda recibió el permiso de instalar su taberna y de nueva cuenta compró y vendió todo lo que pudo. Cuando el aragonés se apersonó ante el tesorero real pidiendo los

ochenta pesos de sus indias, éste fingió sorprenderse y dijo: su merced dirá veinte, que ha menester descontar el quinto real. Maluenda, incrédulo, dijo, verdad es que debo pagar el quinto de su majestad e por lo tanto, sesenta y cuatro pesos, que no veinte, es lo que deberéis pagarme.

El tesorero Alderete fingió confundirse, caminó hasta la petaca donde guardaba sus pliegos, los sacó, buscó en la lista el nombre del aragonés y leyendo con parsimonia dijo en voz alta: Pedro de Maluenda, entregó cuatro indias viejas que hobo en el saco de Yautepeque, las tres en ocho pesos cada una, e la otra, en un peso, que era muy vieja e no tenía dientes. Maluenda recordaba perfectamente cuando se hizo la venta de aquella india sin dientes por la que se pagara un peso, que nadie la quería, pero esas no eran las suyas, así que irritado, dijo: voto a mil, que mis indias eran de Acapista e Jerónimo López pagó por ellas ochenta pesos, e yo lo vide.

A mi fe, repuso Alderete, que si algún enredo hobo es causa que debéis decir a vuestro

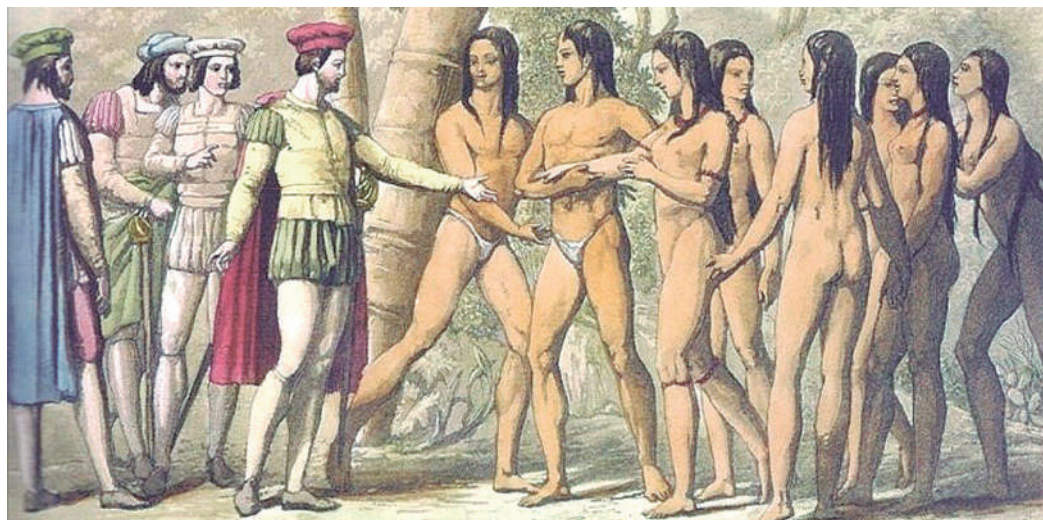
capitán Pedro de Alvarado, que aquí está asentado como los escribanos las recibieron, e no de otra manera. Para vos tengo veinte pesos, ya descontados cinco de su majestad, ¿los recibiréis? Impotente, Pedro de Maluenda extendió la mano y tomó las monedas.

Maluenda se rindió muy pronto ante los hechos y recibió los veinte pesos no porque estuviera de acuerdo en que tan mal habidos eran los ochenta como los veinticinco, sino porque en el campamento todos los soldados sin influencias hablaban pestes del tesorero Alderete, pues todo lo que robaran en las últimas entradas, y tuvieran que entregar a las autoridades reales y a los capitanes, se había enredado y el resultado en todos los casos era el mismo: siempre se les entregó menos, mucho menos, de lo que ellos sabían que debería pagárseles. Por otro lado, Maluenda sabía que el negocio, a diferencia de otros, para él no terminaba ahí, sino que aún le quedaban varios días, pues casi siempre ese dinero mal habido rápido era despilfarrado en las tabernas, los naipes o las bulas de la cruzada.

El jolgorio y festival se prolongó por muchos días en la imperial ciudad de Texcoco, el trajín de vendedores y compradores no paraba, todos tenían prisa por vender lo más pronto posible lo que tenían, pues sabían que marcharían y no

podrían llevar consigo las cosas hurtadas, sino dinero contante y sonante. Una de las ocasiones en que más barullo hubo fue cuando arribaron los ejércitos de Huejotzingo, y dos días después, los de Guaquecholan. A la feria y mercadería se sumaron las celebraciones religiosas, pues los más importantes tlatoanis de estas dos monarquías aliadas también fueron bautizados: el tlatoani de Huejotzingo se hizo llamar don Thomé Tetzauh y el segundo, don Martín Xelhua.

Toda fiesta, por muy animada que sea, termina por agotar a los celebrantes, y hacia fines de abril el ímpetu empezó a decaer. Pronto, en unos días, los primeros expedicionarios salieron de la ciudad de Texcoco. Como en un principio, Pedro de Maluenda formaba parte de las capitanías de los Alvarado. Estaba en el grupo que comandara Jorge. Rodearon la laguna, ahora por el norte. Llegaron hasta Cuautitlán y desde esa ciudad de mexicanos y otomites viajaron hacia el sur, por la otra banda. Finalmente llegaron a Tacuba y ahí se aposentaron.



Pedro de Maluenda corrió con muy buena suerte, pues gracias a la ayuda de Hatebey y otros esclavos pudo robar cuatro indias jóvenes y hermosas. A los pocos días de regresar a Texcoco volvió a instaurarse esa fiebre de ventas, compras y ganancias. Se ordenó herrar a los nuevos prisioneros y luego venderlos en almoneda. Las indias de Maluenda alcanzaron muy alto precio, él lo vio: el comisario de la cruzada, Jerónimo López, pagó por las cuatro, ochenta pesos.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

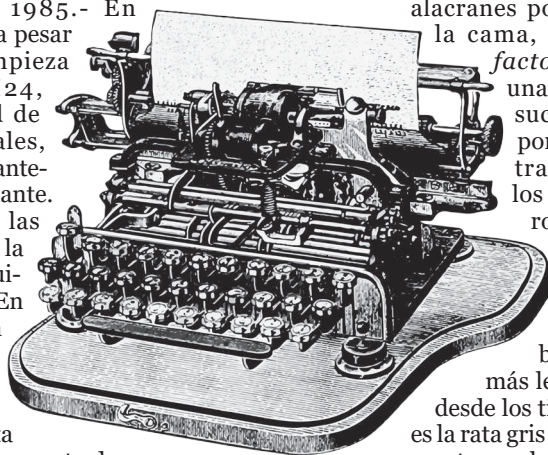
Ecología casera

Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO 1985.- En mi casa, a pesar de la limpieza y del H24, pululaban cantidad de cucarachas regionales, color rojizo, grandes antenas y aspecto repugnante. Se escondían entre las macetas, cajones de la cocina y en los resquicios de los muebles. En una ocasión, mi buen amigo Schiaffino me platicó que en Estados Unidos había un tipo de cucarachita de figura diminuta y carente de antenas, la que por su pequeñez y figura estilizada resultaba menos antipática, por lo que me di a conseguir un "pie de cría", lo cual logré y ahora no se ve en mi lugar ninguna cucaracha grande, rojiza y repulsiva, sino solamente cucarachitas americanas que desalojaron a las nacionales, pero desgraciadamente éstas resultaron inmunes a las sustancias químicas letales y sumamente prolíficas, por lo que ahora se cuentan cincuenta por una de las que se fueron.

Otra pertinente recomendación a mis paisanos es acerca de las arañas con sus respectivas telarañas; en mis tiempos, las arañas eran muy cuidadosas y hacendosas, mostrando su trabajo telarañil en forma simétrica; hoy, desgraciadamente las telarañas que he visto son feos colgijes, que desde luego cumplen su función de atrapar los bichos caseros, pero que no le dan vistosidad y categoría al lugar. Si en una habitación hay telarañas en el techo o en los ángulos entre dos paredes, no habrá ni zancudos ni molestos mayates, pues las arañas se encargan de su exterminación; desde luego, para hacer este experimento ecológico es necesarísimo que la persona carezca de complejos, pues en la mayoría de los casos, es normal ver al ama de casa con un trapo en la cabeza y con una escoba larga o sirviéndose de una silla, tumbando y destruyendo el trabajo útil aunque no vistoso de las modernas arañas tejedoras.

Ahora me referiré a otro animalito, el feo y peligroso alacrán que cuando pica con la cola, además del dolor, hace que nos encomendemos a la Guadalupeana, y contra éste contamos con las cristalinas lagartijas que con su hermoso y susurrante canto nocturno se asemeja al sonido del beso. Me refiero a las verdécitas "besuconas", no muy abundantes en esta ciudad, por lo que en cierta ocasión, al descubrir un par de



alacranes ponzoñosos bajo la cama, encargué *ipso facto* a Manzanillo una pareja de "besuconas", y ahora por las noches los transeúntes oyen los besuqueos que rompen el silencio y la tranquilidad de la noche.

Uno de los bichos caseros más leales al hombre, desde los tiempos bíblicos, es la rata gris de ojitos vivaces y aspecto repulsivo, y que causan tal pavor al sexo débil que en una reunión de recatadas damas, al introducirse el tal animalito, por más pequeño que sea, hará que éstas al subirse a las sillas y mesas, mostrarán más sin querer más de lo que cubrió la legendaria hoja de parra; pues bien, hablando de estos pequeños mamíferos, éstos excursionaban por el patio de la señora Pachita, que provenía de las bodegas bien provistas de su vecino, las combatió con raticidas, gases letales y gatos, sin tener resultados positivos, hasta que yo le sugerí, siguiendo el sistemas de las cucarachas, que se hiciera de una pareja de ratas blancas, que éstas, además de ser limpias, ahuyentarían a las repugnantes ratas plomiza. Desgraciadamente para la señora no resultó: según parece, los machos grises y las hembras blancas se comprendieron y ahora vistosas ratas "dálmatas" corretean por todo el ancho y largo patio de la coña Pachita.

Y por último, comentaré sobre un volátil sumamente alegre que hace sus cómodos nidos en los ángulos de las paredes, en los adornos de los pilares y en todos los lugares altos, siempre que encuentran algún saliente en que apoyarse; éstos hacen sus viviendas de lodo y aunque manchen la pintura y ensucien el piso, para mí son sumamente interesantes, amistosas y bullangueras. Estoy hablando de las golondrinas caseras; aquí en Colima sólo he visto sus nidos en el Hotel Ceballos y en el restaurante de La Yoga. Ojalá hubiera muchas personas que cuando lleguen las golondrinas a sus hogares, no las corran con lumbré ni a escobazos, ni les pongan ajos para ahuyentarlas, es preferible pintar cada año las paredes y limpiar el piso diariamente, que dejar de tener como compañeras a estas alegres, bellas y amistosas golondrinas.

* Empresario, historiador y narrador. †

Rugidos literarios

Más allá de las páginas

José María Lomelí Pérez

Sobre la estrategia, Napoleón Bonaparte dijo que era *el arte de aprovechar el tiempo y el espacio. Puedo ser más indulgente con lo último que con lo primero. El espacio perdido puede recuperarse, el tiempo perdido, no.* Y vaya que si existió algo que el gran estratega militar supo aprovechar plenamente durante su vida, eso fue el tiempo.

La aparición de Napoleón en la escena mundial y su meteórico ascenso al poder (como primer cónsul en 1799, como cónsul vitalicio en 1802, hasta su auto-coronación como emperador de los franceses en 1804) llevó a Francia a expandir sus fronteras, obligando con ello a Europa a entrar a la modernidad gracias a la instauración de su nuevo código civil, también conocido como Código Napoleónico, el cual entre otras cosas promovía la libertad religiosa y suprimía los derechos de nacimiento, impulsando a su vez la meritocracia administrativa.

Como es lógico pensar, tal crecimiento del imperio francés no sólo provocó movimientos de resistencia armada ante la conquista territorial, periodo conocido como Guerras Napoleónicas y que, aunque discutido, suele ubicarse entre 1799 y 1815, sino que avivó múltiples corrientes nacionalistas en los pueblos conquistados, en tanto que en diferentes círculos intelectuales provocó la necesidad de recuperar, registrar y resguardar todas aquellas historias populares que además de hablar de sus particularidades, las exaltaban.

Es aquí donde surgen nombres como los del poeta y novelista romántico alemán Achim von Arnim y el del escritor, también alemán, poeta y romántico, Clemens Bretano, quienes, a raíz de la invasión napoleónica de Prusia e inspirados en las teorías del filósofo, teólogo y crítico literario Johann Gottfried Herder (precursor del romanticismo alemán) con respecto a que la poesía era el alma o el espíritu del pueblo, se propusieron realizar una antología de poemas que registrara tales historias populares. Y así lo hicieron, publicándola en tres volúmenes en un periodo comprendido entre 1805 y 1808 con el título de *El muchacho de la trompa mágica, Des Kanben Wunderhorn*, en su idioma original.

En 1806, con el fin de recopilar la mayor cantidad de historias posibles, Bretano escribe una carta a su cuñado

Friedrich Karl von Savingny, jurista y por entonces profesor de la Universidad de Marburgo, preguntándole si conocía a alguien en el distrito de Kassel que pudiera visitar la biblioteca local con el fin de copiar cualquier nuevo poema que se encontrara. La respuesta de Savingny fue positiva, encomendando tal tarea a uno de sus jóvenes estudiantes llamado Jacob Grimm, quien junto con su hermano Wilhem de 20 años, un año menor que él, aceptó gustoso la encomienda.

Escritores, filólogos y lexicógrafos alemanes, los popularmente conocidos Hermanos Grimm nacieron en Hanau, estado de Hesse-Kassel, en el seno de una familia burguesa e intelectual encabezada por el abogado Philipp Wilhem Grimm y Dorothea Grimm. Tres de sus seis hijos serían quienes destacarían por sus aptitudes artísticas: Jacob (nacido en 1785) y Wilhem (en 1786), de quienes nos ocupamos en este texto, y Ludwig, quien se desarrollaría como pintor y grabador, nacido en 1790.

No obstante a su buena cuna, la muerte de su padre en 1796 afectó severamente el estilo de vida de la familia y sus estudios universitarios sólo fueron posibles gracias a la ayuda de una tía de buena posición social, quien facilitó el traslado de Jacob y Wilhem a Marburgo, lugar en el que cuatro años después recibirían el ya mencionado encargo de Bretano de búsqueda y registro de antiguos poemas en su ciudad natal.

Dicha misión sería determinante en el encuentro de su vocación de búsqueda, recolección y registro de historias orales alemanas, tarea para la cual recurrieron al apoyo de múltiples contadores de cuentos, mujeres en su gran mayoría, quienes mayormente también habían recibido una educación francesa, lo cual propició que varios de los cuentos obtenidos fueran algunas variantes de historias de la tradición francesa como los recopilados por Charles Perrault, entre otros.

Sería hasta finales de 1812 que la obra antológica de estos hermanos vería la luz gracias al apoyo del poeta Achim von Arnim. Publicada bajo el título de *Cuentos de niños y del hogar (Kinder und Hausmärchen)*, la obra se convirtió en un éxito instantáneo, tal y como lo escribiera Wilhem a su hermano Jacob el 14 de octubre de ese mismo año: *Los cuentos nos han hecho famosos en todo el mundo.*